Contra un Milani laico

Antonio García Madrid (UPSA)

Me opondré aquí a una interpretación reduccionista de un Milani laico, esto es, de un Milani maestro o mejor de un maestro cura, frente a un sacerdote maestro (el orden y prioridad de las palabras no es casual).
O, si se quiere, me opondré a aquellos que se quedan con el Milani de *Carta a una maestra*, sin tener en cuenta al Milani de *Experiencias pastorales*. Me sorprende lo habitual que ha sido, y sigue siendo entre nosotros, tal actitud en la mayoría de los estudios sobre Milani, en especial en los medios universitarios y en las publicaciones de este tipo (manuales sobre todo), como también lo ha sido entre mis alumnos durante décadas: se quedan en la *Carta* y se niegan a considerar *Experiencias*, aceptan con gusto al maestro y no quieren saber nada del sacerdote, como si Milani fueran dos personas distintas o un esquizoide a pleno tiempo. Mi parecer es otro muy contrario: el Milani maestro es indisoluble del Milani sacerdote (y al revés), al modo como el primer libro citado (la *Carta*) necesita del segundo (*Experiencias*), así como el segundo completa al primero.
Me explico.
En educación uno puede encontrarse, *grosso modo*, con dos tipos de propuestas.

La primera es la que suelo llamar **metodologista**.
Se caracteriza, de común, por una adhesión ideológica muy débil y por principios fundantes muy generales compartidos por todos sin mayor dificultad, con los que la gran mayoría se encuentra muy a gusto (*verbi gratia*: la que hoy podemos denominar doctrina sobre la democracia y la libertad o los derechos humanos, paraguas general dentro del cual cada uno puede optar por esta o aquella otra opción axiológica o política concreta). Consecuentemente los objetivos últimos reúnen las mismas características: generalidad y flexibilidad.
Pero lo más genuino radica en proponer un *recetario metodológico*, un protocolo didáctico que cualquiera medianamente entendido y adiestrado puede aplicar con óptimos resultados, al modo, por ejemplo, de médicos y terapeutas, a los que no se les pide concordancia ideológica cuando nos atajan un cáncer, como tampoco se le exige al maestro metodologista que comparta nuestras preferencias, sino más bien que tenga éxito.
De común se buscan con esta propuesta metodológica objetivos meramente escolares, de rendimiento óptimo y de mejora del aprendizaje, sin que se abandone nunca el horizonte de la escuela y los pupitres. Son maestros genuinos, didactas excelsos *ad intra scholae*.

Ejemplo histórico de metodologistas es el movimiento de la Escuela Nueva. Todo él se puede resumir en una propuesta didáctica, metodológica, que mejora el aprendizaje y el rendimiento escolares. Propuesta que se asentó en el cientismo del momento y cuyo fundamento fueron los derechos ciudadanos, lo que hoy denominamos derechos de primera generación o fundamentales (afirmaciones, entonces como hoy, muy generales de amplísima aceptación). Fue la escuela de la libertad y de la democracia de un momento histórico, donde todos, en principio, deberían tener cabida. Si yo fuera marxista, que no lo soy, diría que fue la escuela de la burguesía histórica.

Todos los epígonos de la Escuela Nueva continuaron este esquema. Un ejemplo genuino es Celestin Freinet. Lo definen plenamente unas técnicas y unos métodos a disposición de cualquier maestro, independientemente de la adscripción ideológica o la creencia concretas. El *quid* radica en la aplicación ajustada del método, del recetario docente, y así cualquier maestro puede ser un maestro ejemplar freinetista: tanto un radical bolchevique, con pistolón al cinto, como un maestro reconvertido al franquismo, un anarquista o republicano como un conservador político, un partidario del socialismo laizante más radical como un maestro católico tradicionalista (las referencias son de maestros españoles en la Segunda República). De todos ellos tengo ejemplos eximios.

La ventaja de esta propuesta, al no requerir adhesiones ideológicas duras ni conventículos o capillitas, es su fácil expansión y extensión, y eficacia. Basta con el recetario metodológico.

La pregunta, tras la caracterización de Milani que buscamos, es ahora: ¿Acaso Milani vende un recetario didáctico así o se reduce a tal? Forcemos un poco más la pregunta: ¿Fue Milani un maestro así? Demos incluso un paso más hacia delante: ¿Quiso, quizá, ser sólo maestro?
Mi respuesta es contundentemente no. Nunca la opción vital fue ser maestro. Pero retengamos esto para más adelante.

Enfrente de la propuesta metodologista se encuentra la que puede denominarse **teleológica.**
Se caracteriza ésta por ser el reverso de la anterior.
Los protocolos metodológicos están supeditados a fines ideológicos y de sentido, de modo tal que la escuela es un medio de ellos, o digamos que con la escuela se busca, en gran parte, la consecución de los mismos. La escuela está al servicio de… Algunas veces se trata de los fines de una utopía más o menos fundada, otras de un arquetipo humanista, y también del logro de una revolución de radicalidad variable.

Son siempre propuestas fuertes, son propuestas genuinamente duras. Exigen adhesión, vinculación a ese *telos*, e implican una determinación personal (comprometida en cierto grado) y un reconocimiento de iguales empeñados en la empresa (movimientos, asociaciones, credos, círculos, camaradas…) y también vinculaciones más o menos fuertes o muy fuertes a empresas, conventículos y capillitas, etc., que de todo hay y de todo se encuentra aquí, incluida, a veces, la parte más oscura de las utopías.

Una gran cantidad de los grandes de la educación del siglo XX, tan grandes como diferentes entre si, pueden definirse como teleologistas.
A mi entender Milani, para bien o para mal, es uno de ellos.
Bastará con analizar qué perseguía para una caracterización completa.
Utilizaré para ello lo que Corzo propuso en su tesis doctoral y más adelante recurriré a *Experiencias pastorales*.
Dice Corzo que el objetivo de Milani fue *dar la palabra a los pobres*, sacarlos con la educación y la escuela de esa situación miserable que les impide la plena

humanización y la realización como tales. Se trata, en definitiva, de una propuesta de rescate social, de redención humana, o, si lo quieren, de antropogénesis cultural, en sentido ontogenético.
Y para tal empresa basta con la escuela, es suficiente con la escolarización y el aprendizaje. Y en consecuencia, si Milani fuera sólo esto, estaríamos, en gran medida, en el esquema de los metodologistas (maestro puro).
Pero, de nuevo la pregunta: ¿se agota con ello Milani? ¿Es suficiente para explicarlo?
Dicho de otro modo una vez más: ¿acaso quiso Milani ser maestro, sin más, y sólo maestro?
Me parece que no. Ni optó por ello ni nunca estuvo en su horizonte vital ser una lumbrera de la educación, un reconocido pedagogo.
Muy al contrario, su opción más radical fue la conversión y el sacerdocio, de donde nunca se movió.
Por tanto, la pista debe radicar en otro lugar.

Podemos concluir provisionalmente que en Milani hay una escuela, pero el objetivo no se agota en la escuela ni se reduce al horizonte de los pupitres. Está más allá.
Se trata de *dar la palabra*… Sí. Pero, en este caso, de dar la *Palabra* (con mayúscula), es decir el objetivo último es una propuesta humana de sentido, vital, que Milani quiere religiosa pero que no obliga a ella (lo que nos pone en el camino, visto el proceder en Barbiana, de un laicismo escolar ejemplar y avanzado a su tiempo).
La escuela y la educación, no sólo el rendimiento, está también para redimir humanamente y para encontrar un sentido, religioso o no, pero un sentido general vital. De ahí que, además de la propuesta escolar, Milani necesite de una pastoral (la *Palabra* con mayúscula*)*, y que en él educación y pastoral sea todo uno. Y lo uno y lo otro por separado sea una traición: la escuela sin ese sentido general es puro didactismo, metodología sin orientación; y pastoral sin escuela es lo que Milani tanto reprochaba críticamente a los sacerdotes planificadores del tiempo libre, del tiempo vacuo, vacío.

Milani no es sólo maestro, ni tampoco un maestro que accidental u ocasionalmente es cura, sino sacerdote maestro, pastoral con escuela.
Échense ahora una ojeada a su libro, SU LIBRO, el único que él escribió. En *Experiencia pastorales* hay una pastoral, sí, sin duda, que además contiene una escuela.
Sin una u otra cosa Milani no se entiende, no está completo.

Todo lo cual, llegados a este punto, deja sobre el tapete dos cuestiones de importancia.
Primera: Milani introduce, siendo como es uno de los más grandes de la educación del siglo XX, elementos irracionales (pastoral) en la epistemología actual de la teoría de la educación. Tal cosa no tiene hueco alguno en el paradigma de conocimiento positivo actual, repugna en cuanto tal como concepto y como significante, y es inaceptable en los ámbitos universitarios del ramo, que no lo consideran ni lo harán jamás. Tal vez sea esta una de las claves del escasísimo y

tardío reconocimiento que Milani ha tenido entre nosotros, en especial en la universidad. La alternativa es el Milani maestro, sin más.
Segunda: no parece que Milani aporte, al respecto de lo que tratamos, nada nuevo y desconocido. La pretendida innovación de Milani, pastoral y escuela, no es tal a poco que se analice con detenimiento la trayectoria histórica. Más bien, Milani no hace sino retomar, con fuerza, eso sí, y de una manera muy particular, el viejo y tradicional esquema histórico del cristianismo más genuino: fe y cultura unidas, creencia y conocimiento, religión y razón. No otra cosa fueron los monasterios como receptáculos y expansores de la cultura clásica, además de centros religiosos, no otra cosa fueron las escuelas monacales y las catedralicias, como las universidades medievales o los grandes maestros del momento (Tomas de Aquino, Anselmo de Canterbury, etc.). Que la escuela sea el *octavo sacramento*, con estas u otras palabras parecidas, es asunto cristiano muy antiguo que él supo retomar genuinamente con fuerza y resucitar del olvido.

Y ya para terminar, al hilo del Milani maestro, una última cuestión en tono menor.
¿Tiene Milani una propuesta metodológica?
Por supuesto, y muy interesante – echen una ojeada ahora a *Carta a una maestra* –, pero esa propuesta ni lo agota ni lo explica.
Reducir a Milani a un maestro más, por muy genial que sea, a una didáctica por innovadora que parezca, desgajarlo de la veta nuclear religiosa para hacerlo pasar por una propuesta laica más, significa desnaturalizarlo.

Algo parecido ha ocurrido con Freire, con el que tanto tiene en común, con igual resultado: un Freire desconocido.
La alfabetización, el método, es indisoluble de la concientización. El rescate social del oprimido concluirá con la toma de conciencia, que implica un proceso revolucionario que Freire no llegó definir totalmente ni tampoco su naturaleza. Huía de ello como gato del agua. Rescate parecido al de Milani, que además, ¡curioso!, tiene connotaciones evangélicas en un hombre que se declaraba católico: la solución para el mundo no está en el primer mundo, en Wall Street o en la bolsa de Londres, sino que está en los oprimidos, en los olvidados y desarrapados: bienaventurados los pobres, “porque estuve enfermo y me cuídate, porque estuve preso y me visitaste”.
Una y otra cosa van de la mano, alfabetización y toma de conciencia, sin que quepa la separación en un Freire pleno.
Pero también Freire ha sufrido traiciones: los programas de alfabetización de adultos y la enseñanza de la escritura y la lectura en centros escolares han olvidado muy a menudo la concientización. Freire reducido a un método, Freire traicionado.